

todo para quien conozca hoy al excelente médico Pancracio Wolff, el cual el año 1697, como él mismo dice en sus *Cogitationibus medico-legalibus*, sometía al juicio y á la censura del mundo sabio la siguiente tesis: «Los pensamientos no son actos del alma inmaterial, sino efectos mecánicos del cuerpo humano y en particular del cerebro.» En 1726 Wolff, habiendo sin duda en este intervalo sufrido una penosa experiencia, publicó un folleto en el que declara que su antigua opinión no podía dar lugar á todas las deducciones anticristianas que se habían sacado de ella y según las cuales habría negado la providencia especial de Dios, el libre albedrío y todos los principios de la moral; fué estudiando el delirio producido por la fiebre como Wolff llegó á sus conclusiones y, por lo tanto, según un método análogo al que debió seguir la Mettrie.

Miguel Ettmüller, célebre profesor de medicina en Leipzig, dicen que admitía también un alma material, aunque por otra parte no negaba la inmortalidad; en su calidad de jefe de la escuela médico-química pudiera ser quizá considerado como materialista en el sentido que nosotros damos á esta palabra; pero evidentemente desde fines del siglo xvii y principios del xviii, mucho tiempo antes de la difusión del materialismo francés, los médicos tendían á emanciparse de la psicología de los teólogos y de Aristóteles para seguir sus ideas personales; por su parte, los ortodoxos trataron de «materialista» más de una teoría que no merece este nombre; no olvidemos que uno de los caracteres del desarrollo de la medicina, como de las ciencias físicas y naturales, las hace venir á dar en el materialismo lógico; una historia del materialismo debe estudiar también con cuidado estas épocas de transición; pero todavía en la actualidad faltan para la cuestión que nos ocupa los trabajos preliminares necesarios (20).

CAPITULO II

La Mettrie.

El orden cronológico.—Biografía.—La *Historia natural del alma*.—La hipótesis de Arnobio y la estatua de Condillac.—*El hombre-máquina*.—Carácter de la Mettrie.—Su teoría moral.—Su muerte.

Julián Offray de la Mettrie, ó habitualmente La-mettrie, es uno de los nombres más desacreditados de la historia literaria, poco leído y menos conocido hasta por aquellos mismos que se complacen en desacreditarle cuando la ocasión se presenta; este prurito de denigración proviene de sus contemporáneos, por no decir de los que participaban de sus opiniones; la Mettrie fué en Francia el yunque del materialismo del siglo xviii; cualquiera que tocaba el materialismo con intenciones hostiles, maltrataba á la Mettrie como el representante más exagerado del sistema; los mismos que se inclinaban hacia el materialismo, le daban de puntapiés para curarse en salud de las censuras que pudieran dirigirles; esto era tanto más cómodo cuanto que la Mettrie fué no sólo el más exagerado de los materialistas franceses, sino también el primero en el orden cronológico; produjo, pues, doble escándalo y durante largos años, con cierto aire de dignidad, se le señaló con el dedo, lo que no impedía que poco á poco se fueran apropiando sus ideas, como se dieron más tarde por originales los pensamientos tomados á la Mettrie, aunque rechazándole con tal unanimidad y energía en las protestas que desorientaron á los contemporáneos.

Restablezcamos antes que nada el orden cronológico.

El método introducido por Hegel en la historia de la filosofía nos ha legado innumerables sueños; á decir verdad, no se puede hablar aquí de faltas, por lo menos en plural, porque Hegel, como es sabido, construía la verdadera serie de las ideas según los principios planteados por él, y, como Poncio Pilatos, se lavaba las manos cuando, engañando á la naturaleza, hacía nacer á un hombre ó un libro algunos años antes ó después; sus discípulos han seguido sus errores y, hasta hombres que no reconocen el derecho de violentar así la historia padecen, sin embargo, todavía la funesta influencia de Hegel; Zeller, por ejemplo, ha preservado á su *Historia de la filosofía griega* de casi todos esos insultos hechos á la cronología y, en su *Historia de la filosofía alemana desde Leibnitz*, se esfuerza siempre en ir de acuerdo con la marcha real de las cosas; pero cuando toca de pasada el materialismo francés, le hace aparecer, á pesar de la circunspección de su estilo, como una simple consecuencia del «sensualismo» tomado por Condillac del «empirismo» de Locke; Zeller indica que la Mettrie dedujo esta consecuencia en la primera mitad del siglo XVIII (21). La rutina quiere que Hobbes, uno de los pensadores más influyentes y originales de los tiempos modernos, sea completamente olvidado, relegándole á la historia política, ó bien se le trata como si no fuera más que un eco de Bacon; después Locke, popularizando y dulcificando el rudo hobbeísmo de su tiempo, aparece como el padre de una doble serie de filósofos ingleses y franceses; estos últimos se suceden en un orden sistemático: Voltaire, Condillac, los enciclopedistas Helvetius y finalmente Holbach; también se está acostumbrado á la clasificación en que Kuno Fischer hace de la Mettrie un discípulo de Holbach (22); este método erróneo extiende su influjo mucho más allá de los límites de la historia de la filosofía; Hettner olvida sus propias indicaciones cronológicas afirmando que la Mettrie «excitado principalmente por los *Pensamientos filosóficos* de

Diderot, escribió en 1745 la *Historia natural del alma* y en 1748 *El hombre-máquina*; en la *Historia universal* de Schlosser puede leerse que la Mettrie era un hombre muy ignorante y bastante desvergonzado para publicar como suyos los descubrimientos y las observaciones de otro; pero casi siempre ocurre lo contrario, cuando sorprendemos alguna analogía entre los pensamientos de la Mettrie y sus contemporáneos más célebres, la prioridad pertenece positivamente á la Mettrie.

Por la fecha de su nacimiento, la Mettrie es uno de los más antiguos escritores del período del racionalismo francés; aparte de Montesquieu y Voltaire, que pertenecen á la generación anterior, casi todos son más jóvenes que aquél; de 1707 á 1717 nacieron sucesivamente y en cortos intervalos Buffon, la Mettrie, Rousseau, Diderot, Helvetius, Condillac y D'Alembert; Holbach solo en 1723. Cuando este último reunía en su hospitalaria morada aquel círculo de librepensadores llenos de ingenio, que se llamaba «la sociedad de Holbach», la Mettrie había muerto hacía ya mucho tiempo. Como escritor, sobre todo en las cuestiones que nos ocupan, la Mettrie se halla también á la cabeza de toda la serie. En 1749 Buffon publicó los tres primeros volúmenes de su gran historia natural, pero no desarrolló hasta el cuarto volumen la idea de la unidad primitiva en la diversidad de los organismos, idea que encontramos (1751) en un escrito seudónimo de Maupertius y (1754) en Diderot en sus *Pensamientos acerca de la interpretación de la naturaleza*, mientras que el año 1748 la Mettrie la había ya expuesto con gran claridad y precisión; en el *Hombre-planta* la Mettrie se inspiró en Linneo, el cual, en 1747, abrió este camino con su clasificación de los vegetales; encontramos, además, en cada obra de la Mettrie la prueba de que seguía con mucho cuidado la corriente de todos los progresos científicos; la Mettrie cita á Linneo; en cambio á él no le cita ninguno de sus sucesores, aunque no es posible dudar de

que todos le habían leído. Cualquiera que se dejase arrastrar por la corriente de la tradición, sin tener en cuenta la cronología, llegaría, naturalmente, á acusar á la Mettrie de «ignorante» y de adornarse con plumas de otro.

Rosenkranz, de pasada y en su obra acerca de Diderot, hace un resumen generalmente exacto de la vida y escritos de la Mettrie; cita también la *Historia natural del alma* con la fecha de 1745; esto no le impide declarar que el sensualismo de Locke, «tal como Condillac le divulgó en París y en el resto de Francia, es el verdadero y positivo comienzo del materialismo francés»; después añade que la primera obra de Condillac apareció en 1746; así el punto de partida se manifiesta después que la última consecuencia, porque en la *Historia natural del alma* el materialismo no está ya encubierto más que por un velo muy transparente, y en la misma obra hallamos una idea que verosímelmente inspiró á Condillac su estatua sensible.

Lo que precede bastará provisionalmente para rendir un homenaje á la verdad; si el encadenamiento real de los hechos ha podido desnaturalizarse durante tanto tiempo, preciso es imputarlo al influjo de Hegel y de su escuela, y sobre todo al escándalo provocado por los ataques de la Mettrie á la moral cristiana; esto hizo olvidar por completo sus obras teóricas y sobre todo las más incisivas y serias, entre otras la *Historia natural del alma*; muchos juicios severos acerca de la Mettrie, como hombre y como escritor, sólo se dirigieron en realidad á sus obras relativas á la moral; en cuanto á sus escritos olvidados, no son tan vacíos ni tan superficiales como habitualmente se imagina; hay que confesar, sin embargo, que en los últimos años de su vida dirigió, con un ardor especialísimo, todos sus esfuerzos á romper las cadenas impuestas por la moral; esta circunstancia, junto con la intención provocativa con que ya en el título de su obra capital representa al hombre como una «máquina», ha contribuido

muy especialmente á hacer del nombre de la Mettrie el coco de las gentes. Hasta los escritores más tolerantes se niegan á reconocer en él rasgo alguno digno de alabanza, y se indignan sobre todo de sus relaciones con Federico el Grande; y no obstante, la Mettrie, á pesar de su cínico escrito acerca de la voluptuosidad y de su muerte, seguida de una indigestión de empanadas, era, tal nos parece, de naturalaza más noble que Voltaire y Rousseau; pero también, sin duda, espíritu menos poderoso que el de esos dos héroes equívocos cuyas energías, siempre en fermentación, removieron todo el siglo XVIII, mientras que el influjo de la Mettrie se ejerció en límites incomparablemente más limitados.

La Mettrie, pues, pudiera en cierto modo llamarse el Aristipo del materialismo moderno; pero la voluptuosidad que presenta como el fin de la vida es al ideal de Aristipo lo que una estatua de Poussin á la Venus de Médicis; sus libros más desacreditados no muestran ni gran energía sensual ni numen atrayente, y casi parece una obra artificial ejecutada con un respeto pedantesco á un principio definitivamente adoptado; Federico el Grande le atribuía, no sin razón, una serenidad y una benevolencia naturales é inalterables, elogiándole como un alma pura y un carácter honrado; á pesar de esto, la Mettrie incurrió siempre en la censura de ligero; pudo haber sido servicial y devoto, como debió aprenderlo en particular de Alberto de Halle, y fué un enemigo malo y vulgar en la elección de sus venganzas.

La Mettrie nació en Saint-Malo el 25 de Diciembre de 1709; su padre debió al comercio una holgura que le permitió dar á su hijo una excelente educación; en el colegio el joven la Mettrie se llevaba todos los premios de la clase; sus facultades se dirigieron especialmente á la retórica y á la poesía, amaba apasionadamente las Bellas Artes; pero su padre, convencido de que un eclesiástico sale mejor que un poeta de las dificultades de

la vida, quiso incorporarle entre las filas del clero; le envió, pues, á París, donde estudió la lógica con un profesor jansenista, y se penetró tan bien de las ideas de su maestro, que él mismo llegó á ser un jansenista ferviente y hasta hubo de escribir un libro que fué muy del agrado de este partido; de su biografía no se desprende que se conformase á la mística austeridad y á las devotas penitencias con que los jansenistas se distinguen; en todo caso, no debió seguir mucho tiempo tales prácticas. Durante una breve residencia en Saint-Malo, su ciudad natal, un doctor de la localidad le inspiró el gusto por la medicina, y el padre se dejó persuadir de que «una buena receta era aún más lucrativa que una absolución»; el joven la Mettrie estudió con entusiasmo la física y la anatomía, obteniendo el doctorado en Reims y practicando la medicina durante algún tiempo; en 1733, atraído por el nombre de Boerhaave, se trasladó á Leyde para continuar allí sus estudios médicos.

Aunque Boerhaave no ejercía ya, se había formado en torno suyo una notable escuela de médicos jóvenes llenos de entusiasmo; la Universidad de Leyde era entonces un centro de estudios médicos tal como no se ha soñado otro semejante; alrededor de Boerhaave mismo se agrupaban sus discípulos, quienes le profesaban veneración sin límites; la gran fama de que gozaba este hombre le había valido riquezas considerables, pero vivía con tanta modestia y sencillez que su extrema generosidad y su inagotable beneficencia atestiguaban sólo su inmensa fortuna; además de su admirable talento como profesor, se elogiaba la excelencia de su carácter y hasta su piedad, aunque haya sido sospechoso de ateísmo y haya quizá conservado siempre sus opiniones teóricas; como la Mettrie, Boerhaave había comenzado por la carrera teológica, pero su inclinación manifiesta á la filosofía espinosista le obligó á renunciar á ella, porque á los ojos de los teólogos espinosismo y ateísmo eran sinónimos; el

ilustre maestro, así que se hizo médico, con su inteligencia, eminentemente sólida y positiva, evitó cuidadosamente toda polémica con los representantes de las otras doctrinas que no admitían su concepción naturalista del mundo, concretándose á practicar la medicina y á perfeccionarse en ella; no obstante, el conjunto de su vida no puede menos de haber sido favorable á la divulgación de las ideas materialistas entre sus discípulos.

En medicina, Francia estaba entonces mucho más atrasada que Inglaterra, los Países Bajos y Alemania; la Mettrie emprendió, pues, una serie de traducciones de las obras de Boerhaave para introducir entre sus compatriotas mejores métodos y, habiendo añadido á ellas algunos de sus propios escritos, pronto se encontró lanzado en una ardiente polémica con los ignorantes profesores que constituían autoridad en París, lo que no impedía que practicase la profesión en su ciudad natal con grande éxito y se ocupase sin cesar en literatura médica, y, aunque su carácter turbulento le suscitó numerosas disputas científicas, no se preocupaba aún de filosofía. En 1742 regresó á París, donde poderosas recomendaciones hicieron que le nombrasen médico militar en la guardia del rey y en tal concepto tomó parte en una campaña en Alemania, suceso que decidió de sus tendencias ulteriores. Atacado de una fiebre intensa, aprovechó esta circunstancia para estudiar en sí mismo el influjo de la eferescencia de la sangre y concluyó que el pensamiento no es más que el resultado de la organización de nuestra máquina; poseído de esta idea, trató durante su convalecencia de explicar, con la ayuda de la anatomía, las funciones intelectuales, y publicó sus conjeturas con el título de *Historia natural del alma*; el capellán del regimiento dió la voz de alarma y bien pronto se elevó contra la Mettrie un grito general de indignación; se declararon heréticos sus libros y no pudo conservar su posición de médico de la guardia. Desgraciadamente, en esta

época se dejó arrastrar, por afecto á un amigo que deseaba ser agregado como médico á la persona del rey, á escribir una sátira contra los competidores de su amigo, que eran los más célebres doctores de París; algunas personas de distinción le aconsejaron que se sustrajera al odio general de que era objeto y se refugió en Leyde en 1746; allí escribió muy luego una nueva sátira contra el charlatanismo y la ignorancia de los médicos y poco después apareció también (1748) su *Hombre-máquina*.

La *Historia natural del alma* (23) comienza por manifestar que desde Aristóteles hasta Malebranche ningún filósofo ha podido explicarnos todavía la esencia del alma. La esencia del alma de los hombres y de las bestias permanecerá siempre desconocida, lo mismo que la esencia de la materia y de los cuerpos; el alma sin cuerpo es, como la materia sin forma, una cosa incomprensible; el alma y el cuerpo han sido formados juntos y al mismo tiempo; quien quiera conocer las propiedades del alma habrá de estudiar primero las propiedades del cuerpo, del cual el alma es el principio vital. Estas reflexiones condujeron á la Mettrie á creer que no existen guías seguros más que los sentidos: «ellos son, dice, mis filósofos»; por mucho que se les desdeñe hay que volver siempre á ellos cuando se investiga seriamente la verdad; examinemos, pues, leal é imparcialmente lo que nuestros sentidos pueden descubrir en la materia, en el cuerpo y sobre todo en los organismos, sin obstinarnos en ver lo que no existe; la materia en sí misma es pasiva, no tiene más que la fuerza de inercia; así en todas partes donde vemos un movimiento debemos necesariamente referirlo á un principio motor; si, por consecuencia, encontramos en el cuerpo un principio motor que hace latir al corazón, sentir á los nervios y pensar al cerebro, llamaremos á este principio el alma.

Hasta aquí el punto de vista adoptado por la Mettrie parece, á decir verdad, empírico, pero no precisamen-

te materialista; sin embargo, en la siguiente obra pasa insensiblemente al materialismo de una manera muy hábil: adaptándose por completo á las ideas y á las fórmulas escolásticas y cartesianas, la Mettrie discute la esencia de la materia, sus relaciones con la forma y la extensión, sus propiedades pasivas y, por último, su facultad de moverse y de sentir; en esto parece conformarse con las ideas más generalmente admitidas y que atribuye vagamente á los filósofos de la antigüedad como si estuvieran de acuerdo en cuanto á la cuestión principal; hace notar la distinción rigurosa que los antiguos establecen entre la substancia y la materia para suprimir esta distinción con más seguridad; habla de las formas que dan á la materia, pasiva en sí, su modo preciso de existencia y su movimiento para hacer de estas formas (dando un pequeño rodeo) simples propiedades de la materia, propiedades inalienables de la materia é inseparables de su esencia. El punto capital en esta cuestión, como en el estratonismo, es la eliminación del primer motor inmóvil, del dios de Aristóteles, existiendo fuera del mundo é imprimiéndole el movimiento; es sólo por la forma como la materia se hace una substancia determinada; pero, ¿de dónde recibe esta forma? De otra substancia que es igualmente de naturaleza material, ésta de otra y así sucesivamente hasta el infinito, lo que quiere decir: no conocemos la forma más que en tanto que se halla unida á la materia. En esta unión indisoluble de forma y de materia, las cosas que se transforman recíprocamente obran las unas sobre las otras, y lo mismo ocurre con el movimiento; luego el ser pasivo no es más que la materia aunque nuestro pensamiento la separe (de la forma); la materia concreta y real nunca está desprovista ni de forma ni de movimiento; es, pues, idéntica con la substancia; hasta donde no se percibe el movimiento, existe, sin embargo, como posibilidad; así, como posibilidad (en potencia, dice la Mettrie) la materia contiene en sí todas las

formas; no hay el menor motivo para admitir un agente fuera del mundo material; dicho agente no sería en modo alguno un ser de razón; la hipótesis de Descartes, de que Dios es la única causa del movimiento, no tiene valor alguno para la filosofía que exige la evidencia; no es más que una hipótesis imaginada por él bajo el influjo de la luz de la fe.

Viene en seguida la prueba de que la facultad de sentir pertenece también á la materia; la Mettrie demuestra que esta opinión es la más antigua y la más natural, y en seguida pasa á refutar los errores de los modernos, particularmente de Descartes que la han combatido. Las relaciones del hombre con el animal, este gran flaco de los filósofos cartesianos, desempeña en esta cuestión un papel preponderante; la Mettrie hace con mucha sagacidad la observación siguiente: en el fondo no tengo otra certidumbre inmediata que mi sensación; los demás hombres experimentan también sensaciones, lo que deduzco con gran fuerza de convicción de sus gritos y gestos antes que de su palabra articulada; este lenguaje enérgico de las emociones es el mismo en los animales que en los hombres y tienen un poder de demostración muy superior á todos los sofismas de Descartes; si se quiere argüir la diferencia de la forma exterior, la anatomía comparada nos enseñará que la organización interna del hombre y de los animales presenta una perfecta analogía. Si por el momento nos es imposible comprender cómo la facultad de sentir puede ser un atributo de la materia, el enigma es semejante á muchos otros donde, según la expresión de Leibnitz, en vez de la cosa misma no vemos más que el velo que la encubre. No se sabe si la materia tiene en sí misma la facultad de sentir ó si sólo la adquiere en la forma de los organismos, pero, aun en este caso, la sensación y el movimiento deben pertenecer á toda la materia, por lo menos como posibilidad; así pensaban los antiguos cuya filosofía se prefiere, por lo general, á los ensayos

defectuosos de los modernos, por sus juicios competentes.

La Mettrie pasa luego á la teoría de las formas substanciales, y aquí no se separa tampoco de las ideas tradicionales; llega á la concepción de que las formas solas dan en realidad la existencia á los objetos, los que no son lo que son cuando no tienen la forma, es decir, la precisión que les califica; por formas substanciales se entiende aquellas que determinan las propiedades esenciales de los cuerpos, y por formas accidentales las modificaciones fortuitas; los filósofos antiguos han distinguido muchas formas en los cuerpos vivos: el alma vegetativa, el alma sensitiva y, para el hombre, el alma racional (24). Todas las sensaciones proceden de los sentidos, los cuales comunican por medio de los nervios con el cerebro, lugar de la sensación; en los tubitos de los nervios se mueve un fluido, el espíritu animal, espíritu vital, d que la Mettrie considera la existencia como demostrada por la experimentación; no hay, pues, sensaciones cuando el órgano de la sensación no experimenta una modificación que afecte á los espíritus vitales, los cuales transmiten en seguida la sensación al alma; el alma no siente en los sitios en que se cree sentir, pero por la calidad de las sensaciones indica el lugar colocado fuera de ella; sin embargo, nosotros no podemos saber si la substancia de los órganos experimenta sensación, porque esto no puede ser conocido más que por esta substancia misma y no por el animal entero (25); ignoramos si el alma ocupa solo un punto ó una region del cuerpo, pero como todos los nervios no terminan en un solo y mismo punto en el cerebro, es verosímil la primera hipótesis. Todos los conocimientos no están en el alma más que en el momento en que es afectada por ellos, y toda conservación de esos conocimientos se reduce á estados orgánicos.

Así, la *Historia del alma*, partiendo de las ideas ordinarias, conduce insensiblemente al materialismo, y, al fin